

En el Colegio la música se escuchaba en una cinta de cassette o en la radio. Presentes en muchas habitaciones. Pero apenas se hallaba algún tocadiscos. Y para oír uno de vinilo había que pedir las llaves de la Sala de Música -como un reservado-, subir hasta la segunda planta del Club y traspasar la puerta frente a la que desembocaba la escalera. Pequeño reducto en lo alto que recordaba a palomar de casona antigua. Pero con discos en vez de pichones, aunque algún arrullo ajeno a la ornitología se oyese en ocasiones tras la puerta. Y así, había gente que cerraba por dentro para disfrutar -digamos- de cierta intimidad en el proceso de audición. En ese tiempo era la única dependencia del Colegio donde uno podía aislarse acompañado de alguien del sexo contrario sin infringir las normas y -como en los toros- con permiso de la Autoridad Competente. Se entiende que abundaran los melómanos a cualquier hora de la tarde. Incluso de la mañana. Merecía la pena hacer rabona. Música que al año siguiente se trasladaba a pisos y chalets, nuevas residencias de los no admitidos a continuar allí, en el Névalo o Anzur. Desestimado era el término en uso para decirte elegantemente que ahuecaras el ala. El comunicado de verano prescindía de los criterios por los que la Dirección consideraba a uno desafecto a la causa de la buena conducta colegial. La puerta de salida abierta de par en par. Otra forma de vivir. En principio, más desordenada. Pero más económica y que cumplía una de las aspiraciones de muchos estudiantes tras uno, dos o tres años en el Colegio. Y en más de un caso enfrentándose a la opinión de sus progenitores, contrarios a la mudanza. Disponer de un espacio propio sin reglamento, horarios o restricciones. Con el único límite de la convivencia con los vecinos y compañeros de vivienda. Después, a veces, el oro que relucía se quedaba en oropel y se añoraba el Mayor y su orden. En fin, la feria la cuenta cada uno según le fue. Y en aquellos pisos de estudiantes donde era infrecuente encontrar una televisión, no lo era -en cambio- hallar un aparato de música. Y cuando se montaba una fiesta -la palabra guateque estaba en desuso excepto en el título de la película de Peter Sellers-, la gente traía discos que luego se quedaban rodando por la casa. A veces, días después, alguien venía a recogerlos. O no, como es este caso. Y aún lo conservo. Era un sencillo de 45 r.p.m. (revoluciones por minuto): ***Dislocated***, de ***League of Gentlemen***. Llevaba -lleva- una dedicatoria en la

funda escrita a bolígrafo con magnífica letra: "***Una pequeña localidad hizo que muchos fueran grandes en la amistad. Uno de ellos.***"

Los discos, entonces, eran una forma de regalo personal. La canción de moda o simplemente alguna melodía que nos recordaba los momentos vividos juntos. Una frase dedicada en la carátula suponía un detalle sentimental, de cercano aprecio o cariño, hacia ese alguien.

League of Gentlemen no era un grupo conocido en nuestro ambiente, surgido como rama desgajada del tronco de King Crimson. Y Robert Fripp, guitarrista inglés de Dorset, como cabeza visible. Música experimental, también llamada rock progresivo. Se podría encajar en lo que hoy conocemos como de culto, es decir, que sólo satisface a una minoría de gustos muy particulares. No precisamente nosotros entonces. Si oímos la canción nos puede recordar a banda sonora de película de suspense. De aquel disco instrumental, extraño, no sabíamos su procedencia. Se ponía -una vez pinchado lo habitual en ese tipo de festolines- cuando un cierto estado de embriaguez sensorial se apoderaba del personal a horas avanzadas. Y se pretendía -con su autor, Robert Fripp- traspasar las barreras convencionales de lo que la mente percibe. Digamos algo así como una evasión psicodélica de andar por casa. A nuestra forma, durante minutos, creíamos que con aquella música turbadora, desasosegante, nos adentrábamos en un territorio sugestivo e inexplorado de la mente. Lo ingerido -no nosotros- maquinaba en nuestro cerebro. Al día siguiente, el resacón nos devolvía a una realidad que poco tenía de onírica con los restos de la tempestad esparcidos por las aguas del piso y sí con el título de la canción: dislocados. Completamente. De aquella fantasía de conciencia alterada de la noche anterior no había quedado experiencia alguna de ese mundo ultra sensorial que perseguíamos, sino nada más que un cansancio, un abatimiento, más que considerables. Y sin haber descubierto aún el Nirvana cordobés a pesar de nuestro empeño. ¡Qué desilusión!

No sé quién olvidó allí el disco. A lo mejor es alguien que aparece en el listado de la Asociación. No dudo que en conocimiento de esa clase de composiciones iniciáticas estaría unos escalones arriba nuestra. Vuelvo a la consigna escrita que permanece en la portada del sencillo junto a una fotografía del grupo, 1980: "***Una pequeña localidad hizo que muchos***

fueran grandes en la amistad." No se refiere a Córdoba, pero podría valer. Y al leerla, lo que tal vez me cautiva de ella es la nostalgia de aquellas amistades, codo con codo, que nos acompañaron en los años determinantes. Cuando teníamos la libertad inconsciente de un bucanero con toda la mar a proa y pronunciabas la palabra dinero sólo si no sabías el precio de un gintonic o de un paquete de folios. Otros tiempos. La vida luego -a los que allí estuvimos- nos llevó por derroteros distintos. Lo normal. Pero, por suerte, la constancia indesmayable de Tobi contra viento y marea, nos reúne en el Colegio la primera semana de septiembre. A los que quieran ir. Yo seré -como quien firma la frase del disco- "***uno de ellos.***" Qué menos.